

# ROMA.

## DISCURSO DE SU SANTIDAD,

CONTESTANDO Á LA FELICITACION DEL SACRO COLEGIO CON MOTIVO DEL  
28.º ANIVERSARIO DE SU ELEVACION AL SÓLIO PONTIFICIO.

Damos á continuacion integro el notabilísimo discurso, que en la audiencia del miércoles último pronunció Su Santidad, al contestar á la felicitacion que, en nombre del Sacro Colegio, le dirigió el cardenal Patrizi, con motivo del 28.º aniversario de su exaltacion al sólio pontificio. Llamamos la atencion de los católicos sobre las graves palabras del Soberano Pontífice. Un periódico parisiense, el *Journal des Debats*, que suele ocuparse mucho más de lo conveniente, de los asuntos de la Santa Sede, dice en su número del mismo día:

«Esta lucha (de la revolucion y de la Iglesia en Italia) no puede ser eterna: debe acabar por una transaccion.»

El Santo Padre, por sí mismo, se ha encargado de contestar á esas palabras insensatas, con el discurso que vamos á reproducir. Hélo aquí:

Cuanto mas aumentan las aflicciones y crecen las dificultades, y redobra la infernal rabia contra la Iglesia de Jesucristo y contra esta Santa Sede, se ven aumentar tambien en el Sacro Colegio la firmeza y la constancia en sostener los derechos de la esposa de Jesucristo y de la Sede de su Vicario. Las palabras que acaba de pronunciar el cardenal decano demuestran, que á medida que los males acrecen, vuestros esfuerzos y vuestros desvelos para combatirlos, se multiplican. Y así debe ser, por otra parte, pues que deheis cooperar conmigo á

la administracion y al gobierno de la Iglesia universal. Los hechos nos atestiguan, que en medio de las contrariedades y de las persecuciones, que en la actualidad sufre la Iglesia, llegan á Roma súplicas, cada vez mas numerosas, en demanda de consejos y de decisiones. Las congregaciones son de día en día mas frecuentes; no parece sino que el mundo católico vuelve sus miradas hácia este centro de unidad, y hácia esta cátedra de verdad, para recibir luz y consejo en las terribles vicisitudes que trastornan al mundo.

Pues que á Dios ha parecido bien, permítame entrar en el vigésimo nono año de mi pontificado, juzgo favorable esta ocasion para repetir ciertos actos, que no pueden dejarse mucho tiempo en olvido, á fin de no inducir á error á los hombres de buena fé, y de no proporcionar pretexto á nuestros enemigos para prevalerse del largo silencio como de una prescripción.

Pues bien; ante esta corporacion, que aquí se halla, repito las mas solemnes protestas que he hecho contra la usurpacion del poder temporal de la Santa Sede, contra la sacrilega expoliacion de las iglesias, contra la supresion de las Órdenes religiosos, y, por último, contra todos los actos sacrilegos consumados por los enemigos de la Iglesia de Jesucristo.

Otra circunstancia extraordinaria me proporciona, asimismo, ocasion de reproducir estas protestas. De algun tiempo á esta parte, se me manifiestan ciertos deseos, ya de

palabra, ya por escrito, que tienden á reconciliarnos con los recién llegados. La última carta, que he recibido, y que conservo aún en mi pupitre, está escrita en términos muy mesurados y respetuosos. En ella se me dice, que, pues que soy Vicario de un Dios de paz, tenga yo á bien perdonar á todos los enemigos de la Iglesia, y levantar todas las excomuniones que oprimen sus conciencias.»

Y aquí haré notar, que los revolucionarios son de dos clases. Unos, han ideado y conducido á término la revolucion; otros, se han adherido á ella, soñando con la felicidad, con el progreso, y con no sé qué paraíso terrenal, sin haber sabido prever, que solo alcanzarían tribulaciones, espinas y miserias. Los primeros, de corazón obstinado, son los Faraones de nuestra época, duros como el yunque, sin que sea capaz de ablandarlos ningun acto de suprema bondad. Los otros (y al número de ellos pertenecen los que me hablan en voz baja y me escriben, demostrando moderados sentimientos); viendo, que se ha alzado el paraíso terrenal; viendo, que esos bienes, esa riqueza, esa prosperidad, con que soñaron, se hallan reemplazados por un verdadero diluvio de males, acompañados de impuestos y de gravámenes enormes; sienten turbada su conciencia; y en medio de la angustia que experimentan por haber cooperado á la revolucion, me incitan á demostrar sentimientos de paz. Mas, ¿qué paces puedo yo hacer con ellos? ¿Sufren angustias! ¿Y de qué les sirven? Tambien la experimentaba Saul, cuando herido de muerte, y deseoso de poner fin á sus padecimientos, rogaba al soldado amaiteca, que acabase de matarle: «*Sta super me et interfice me, quoniam tenent me angustia.*» Y el soldado tuvo la culpable debilidad de obedecerle y de quitarle la poca vida que le quedaba; pero luego David castigó su falta, condenándole á muerte. ¿Que se pretende, pues? ¿Que yo sea para esos hombres un soldado amaiteca, ó que el Papa imite al desdichado Saul? ¿Oh insensatos consejos! Si el amaiteca no pudo librarse del terrible castigo á que David le condenó, ¿podría acaso el Vicario del eterno Obispo de nuestras almas, evadir los castigos que Dios le inferiría?

Se pide la paz, se pide una tregua, se busca, hablemos claro, un *modus vivendi*. ¿Y todo esto podría hacer, que llegásemos á

estar bien con un adversario, que tiene de continuo en su mano el *modus nocendi*, el *modus auferendi*, el *modus destruendi*, el *modus occidendi*? ¿Es posible, por ventura, que la calma forme alianza con la tempestad, mientras esta rugie furiosa, derribando, desarraigando, destruyendo todo cuanto encuentra á su paso?

¿Que haremos, pues, venerables Hermanos míos, nosotros, á quienes se ha dicho: «*Statis in domo Dei et in atrii domus Dei nostris*» Permaneceremos unidos con el Episcopado, que en Alemania, en el Brasil y en toda la Iglesia católica, está dando brillantes pruebas de constancia y firmeza.

Nos mantendremos unidos con todos esos obispos y con todas las almas amadas del Señor, para continuar orando y pedir para Nos la paciencia y la firmeza; no para combatir á nuestros enemigos con la espada en la mano, sino que, imitando á Jesucristo, que combatió con la cruz, nos sirviéramos de la misma arma, sin conformarnos nunca con los principios de esos enemigos, y condenando á los débiles, que en su indefeccion repiten: «¿Qué hemos de hacer? ¿Qué podemos hacer?» Pregunta insensata, digna de gusanillos y no de hombres.

Animo, pues, la Santísima Virgen, á quien se venera hoy con el título de *Auxilium christianorum*, nos invita á tenerlo. El 24 de Mayo, destinado para celebrar esta fiesta, se ha consagrado este año al Esposo de Maria, al Espíritu Santo.

Sirva esto para aumentar nuestra confianza. Dignese Maria, que protegió á un Pio, para humillar el orgullo de los turcos, y á otro Pio, para abatir la arrogancia de un gran emperador, proteger hoy al muy humilde Pio, y á su Sede, atacados por tantos y tan diversos enemigos. Ella que venció «*apud Echinadas insulas*» y «*apud Saronam*», dignese hacer que luzca el día en que venza «*apud sanctum Petrum*».

Plaza á Dios bendecirme á mí, indigno Vicario suyo, y bendigaos tambien á vosotros, cooperadores míos en la administracion de la Iglesia, y dignese templar con esa bendicion nuestros corazones en el fuego de su amor. Que igual bendicion descienda sobre el episcopado, sobre las órdenes religiosas; en particular, sobre las pobres religiosas, tan atormentadas y perseguidas; y sobre las familias, sobre los padres, sobre las madres, sobre todos, y que sea prenda de la bendi-



ción eterna que Dios nos dará al fin de nuestra vida.

*Benedictio Dei, etc.*

Con una conmiseración superior, en nuestro concepto, al menosprecio, dice el Soberano Pontífice, en su enérgico discurso á los Cardenales:

—La última carta, que he recibido, y que conservo aún en mi pupitre, está escrita en términos muy mesurados y respetuosos: *l'ultima lettera che tengo ancora sul tavolino...*

¿De quien es esa carta? Lo ignoramos, y de seguro no será el Papa quien nos lo diga. La indiscreción le es desconocida. Con frecuencia llegan á noticia del público mensajes dirigidos al Papa, muchas veces, aun antes de haber llegado á manos de Su Santidad, por la perfidia de escritores, que se lisonjean solamente en sacar partido de esa publicidad contra el Jefe de la Iglesia. Mas, no se ha visto nunca, que el Pontífice usara de represalias. La Providencia, empero, no ha tardado en vengarle.

Por lo demás, los enemigos del Papa se han limitado á publicar las cartas, que juzgaban ventajosas para la causa revolucionaria. Pero de las cartas, en las que ellos se humillan, y piden hipocritamente la generosidad del Papa, en que llegan hasta condenar la diforme y satánica secta, y en las que multiplican las promesas y compromisos... oh! de esas cartas, no han publicado ni una sola palabra.

Ello no obstante, si es verdad que no tenemos á la vista esas cartas secretas, no carecemos tampoco de datos acerca de su sentido; y podemos comunicar á nuestros lectores una idea bastante aproximada de la última carta, «que conserva aún en su pupitre» el Papa. Para ser exactos, no tenemos que hacer otra cosa, que colocarnos, por un instante, en la verdadera situación del personaje que la ha escrito.

Este personaje pudiera ser un ministro del reino, uno de esos ministros, que, según la ficción constitucional, son responsables, pero, que, según la experiencia y la realidad del régimen, acaban por no ser responsables de nada... acá abajo, cuando menos. Malean cuando locan, sumen al país en ruinas, y luego, honorables y honrados, se retiran con los bolsillos repletos, y piden que

se les rocíe con agua bendita. Si; con agua bendita, para librarse del petróleo que amenaza á su fortuna y á su paicaco.

Entretanto, hé aqui la carta en cuestion:

Santisimo Padre:

Aún cuando os negais, cuatro años hace, á salir de la cautividad que vuestra sabiduría ha creído debía guardar, Vos no ignorais la situación de Roma y de Italia. Tampoco ignorais, que ningún hombre, dotado de sentido y de honor, queria apoderarse del patrimonio de San Pedro. Compromisos solemnes y reiterados mediaban, acerca del particular, con Vuestra Santidad: en vuestro poder están las pruebas escritas de esos compromisos. Los tratados, que nos obligaban con la Francia, y el respeto más vulgar de nuestra palabra, nos prohibian salvar los limites, tan mermados ya, del territorio de la Iglesia.

Vuestra Santidad ha podido convencerse de la sinceridad de nuestras intenciones, leyendo en los periódicos las declaraciones formales hechas en el Parlamento por nuestro colega de Negocios extranjeros, M. Visconti-Venosta. El lenguaje tan explicito de este ministro, no permite la menor duda, á quien quiera que sea: tanto en nombre del derecho de gentes, como en el de Vuestra Magestad sagrada, y de los intereses universales, hemos proteslado varias veces, contra el desbordamiento y la pasion de las sectas.

Por desgracia, la Francia quedó vencida, y, con ella, y más que ella, nosotros fuimos vencidos tambien, cayendo bajo el yugo de dos potencias implacables, que habian jurado derripar Vuestra doble monarquía; y ambas nos precisaron á marchar sobre Roma, y á apoderarnos de esta ciudad.

Reconocemos, muy bien, que tanto respecto al mundo, y respecto al porvenir, como respecto á Vos, Santísimo Padre, nuestra falta es enorme. Empero ¿podíamos nosotros obrar de otra manera? ¿No nos exponíamos, en tal caso, á privarnos del unico medio de poder evitar mayores desgracias?

Nuestra falta ha atraído ya sobre Italia un gran castigo. Lejos de obtener la independencia, como de cilo nos habíamos lisonjeado, nos vemos más que nunca en manos de dos potencias enemigas de Vuestra Santidad;

lejos de haber alcanzado la libertad, y el bienestar de nuestro país, le vemos, por el contrario, sumido en la servidumbre horrible de la depravacion y de la miseria.

Empero, lo que se ha hecho, hecho está, y en este caso extremo, no queda sino un solo recurso; para luchar y triunfar, es preciso unir las fuerzas morales del Pontificado con las fuerzas materiales de la monarquía.

El Vaticano está tan amenazado como el Quirinal.

Solo despues de haber meditado con calma todos los peligros de la situación, y llenos de dolor por nuestras fallas, y de respeto para con Vuestra Santidad, nos atrevemos á suplicar, que os digneis aceptar nuestro arrepentimiento, perdonarnos, levantar las excomuniones, que pesan sobre nosotros, y permitirnos, que trabajemos con Vos en la salvacion del país, restableciendo el orden, la moral, la prosperidad, y estableciendo la unidad sobre bases inmutables...

Piénsese como se quiera acerca de los términos con que se expresa esa carta; nadio podrá negarnos la exactitud escrupulosa de su sentido.

Es natural, que los hombres oficiales, viendo subir la oleada de la demagogia, traten de encaramarse en la roca de San Pedro, y rueguen al Papa, que les tienda su mano. Empero los oficiosos piensan de una manera distinta; y M. Arnib escribe, esta tarde, un largo artículo, en el cual declara, que la conciliación perdería á la Italia revolucionaria.

¡Extraña contradicción! los oficiales ven la Italia perdida, allí donde los oficiosos la ven salvada. De lo que es fácil deducir, con unos u otros, que, de todas maneras, la Italia está perdida.

O.

(Journal de Florence, 23 de Junio 1874.)